

Pablo Neruda

Cartas de amor

Edición de Gabriele Morelli

CUARTA EDICIÓN

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Amor: pasión, ternura y cariño	11
Cartas a Laura y su mamadre	14
El <i>Álbum Terusa</i>	23
Albertina Rosa Azócar, la pasión ardiente en la urbe	30
El encuentro en Santiago	31
La escritura del epistolario a Albertina	35
El idilio con la odontóloga Olga Margarita Burgos	39
De Maruca a Delia del Carril	40
Delia del Carril	44
La relación con Nancy Cunard	46
Las cartas a la Hormiga	47
El nuevo amor, Matilde Urrutia	53
Cartas de amor a Matilde	56
Alicia, último amor del poeta anciano, y el <i>Álbum de</i> <i>Isla Negra</i>	65
ESTA EDICIÓN	73
ABREVIATURAS	77
BIBLIOGRAFÍA	79
CARTAS DE AMOR	85
Cartas a Laura (1926-1934)	87
Cartas a Terusa (1922-1924)	111

Cartas a Albertina (1922-1932)	119
Cartas a Olga (1933)	213
Cartas a Delia (1936-1952)	219
Cartas a Matilde (1950-1973)	237
APÉNDICE	292
Testimonio de Albertina Rosa Azócar	295
Poemas enviados a Albertina	301

Introducción

AMOR: PASIÓN, TERNURA Y CARIÑO

El epistolario amoroso posee convenciones y formas retóricas distintas a las de la narrativa o la lírica, de las que difiere por la centralidad que el autor asigna a la realidad vivida frente a la ficción o la transfiguración poética. En las cartas se impone la expresión del amor en sus varias facetas, tanto en el éxtasis de la entrega como en el tormento causado por la ausencia o por el desdén de la amada. Además, el sujeto entabla una doble lucha: contra la magnitud de su deseo erótico que lo exalta y lo oprime, y contra el límite de un lenguaje incapaz de traducir la profunda verdad del sentimiento. De ahí proviene el uso continuo de la palabra «amor» y del sintagma «te amo», que denuncian la desconfianza del yo hacia un léxico insuficiente para representar toda la pujanza del sentir, y por eso, alguna vez, la recurrencia al balbuceo infantil.

Las cartas de amor de Pablo Neruda muestran la exaltación y la inquietud del hombre enamorado con respecto a sus numerosas musas (Terusa, Albertina, Olga, Delia, Matilde, etc.). También contemplan el vínculo profundo que une al joven poeta con su hermana Laura, su confidente preferida, y con su «mamadre», Trinidad Candia Marverde, que sustituyó a su madre verdadera, muerta prematuramente. A ellas se dirigen muestras de afecto y atención que enriquecen la exuberante lista de la experiencia amorosa del poeta y por ello se engastan en este libro, aportando el matiz de ternura que alberga el corazón. Además, manifiestan

la relación asidua de Pablo con su hermana Laura, la «conejita», como la llama, y la actitud cariñosa que reserva a su querida mamá, «ángel familiar de mi infancia», a quien dedica estos versos conmovedores:

Oh dulce mamá
—nunca pude
decir madrastra—,
ahora
mi boca tiembla para definirte,
porque apenas
abrí el entendimiento
vi la bondad vestida de pobre trapo oscuro,
la santidad más útil:
la del agua y la harina

[«La mamá»,
Memorial de Isla Negra, OCII: 1144-1145]

En efecto, si el estigma del amor despliega un amplio registro de voces, es importante no privar al lector de las cartas que revelan el trato íntimo del poeta con sus familiares, pues son otro destello de luz que el fuego del amor regala. El afecto y cariño, lejos de ser expresiones menores frente al ímpetu ardiente de la pasión, hacen patente un vínculo fuerte y profundo como el otorgado por el deseo erótico.

De todos modos, el epistolario amoroso de Neruda —aparte de algunas cartas a Teresa, Albertina y Matilde, capaces de crear un mundo exclusivo de pasión y ensueño— revela un espacio poblado de referencias personales y, al mismo tiempo, muestra la extraordinaria riqueza de los intereses vitales del poeta. Es decir, las misivas de amor de Pablo tienen un carácter eminentemente privado en el que conviven, junto a los apelativos y las palabras ardientes reservadas a las mujeres amadas, la presencia de compañeros, vecinos, parientes, y la evocación de acontecimientos que a

veces iluminan la gestación del mundo poético de nuestro autor. Además, en algunos casos, lo que ha quedado, como en las cartas a Terusa y Delia del Carril, son fragmentos de una relación que el tiempo ha cubierto de silencio o borrado para siempre.

CARTAS A LAURA Y A SU MAMADRE

La correspondencia con su hermana Laura se abre cuando el joven Pablo llega a Santiago para asistir al Instituto Pedagógico en la Universidad de la capital. El contacto con la casa paterna se establece a través de las cartas enviadas a la hermana, hecho que confirma algo que la biografía nerudiana ha dado a conocer con cierto énfasis romántico: la grave dificultad económica que vive el joven en las humildes pensiones de la urbe, ubicadas en las calles Maruri, Echaurren, Amunátegui, Manuel Rodríguez y García Reyes. El estudiante dependía de los escasos recursos enviados por su padre, ferroviario, José del Carmen Reyes Morales, y muy a menudo el joven pasaba hambre y vagaba sin saber dónde comer ni dónde acostarse. Neruda ha contado en varias ocasiones, en particular en el capítulo «Las casas de pensión» de su libro *Confieso que he vivido*, la vida de aquellos años en Santiago, que fueron «de un hambre completa» [CHV: 48]. Los recuerdos dejados por otros testigos —Laura Arrué¹ y María Antonia de la Puente Silva, prima de Álvaro Hinojosa Silva, íntimo de Pablo— añaden anécdotas divertidas (para el lector de hoy) sobre aquella angustiada estancia del pensionista ambulante. Informa María Antonia que un día Pablo y dos amigos no sabían dónde pasar la noche y recurrieron a una pariente lejana de Álvaro, quien

¹ Cfr. Laura Arrué, *Ventana del recuerdo*, prólogo de Diego Muñoz, Santiago, Nascimento, 1982, págs. 60-61.